

«De la materia del sueño»

Reseña del libro de Julio Monteverde "De la materia del sueño" (<http://bit.ly/1EUSGf0>)
[Noé Ortega y Vicente Gutiérrez Escudero, 'Salamandra nº21-22', Diciembre 2014]

El interés por el sueño en el pensamiento moderno tiene un largo y conocido recorrido, que pasa entre otros afluentes y meandros diversos por el romanticismo, simbolismo y surrealismo hasta llegar a la actualidad. Julio Monteverde ha actualizado dicho interés y lo ha reavivado teniendo en cuenta las condiciones de nuestro presente. Y lo hace poniendo en juego un pensamiento propio y revelando nuevas ideas en una exposición preclara, intrépida y seductora.

El planteamiento del libro —que se centra en el sueño nocturno, dejando de lado otras cuestiones como la ensoñación abordada por Bachelard, tan admirado por el autor— comienza preguntándose en qué lugar se encuentra el sueño en este momento histórico. Una vez constatado el hecho de que la razón utilitaria se ha erigido en el único medio para afrontar las cuestiones esenciales de la vida —en un momento determinado, por ejemplo, llega a oponer el *pensamiento primitivo* al pensamiento civilizado y racionalista de las sociedades actuales—, se reclama la importancia del sueño y se hace un llamamiento para que «el sueño acuda al rescate de la vida», con el fin de revitalizar una parte de nosotros por lo común desatendida y desolada, y de que «se supere la deprimente idea de la separación de la vigilia y el sueño. Cada vez que nos dormimos somos sepultados por montañas de arena. Cada vez que despertamos lo hacemos con una piedra en la mano».

En primer lugar, es necesario aclarar que *De la materia del sueño* plantea la vida onírica en una dirección diametralmente opuesta a la de la psicología, ya que se pone todo el énfasis en el contenido manifiesto de los sueños. No quiere ceñirse únicamente al contenido latente, ya que ello restringiría la experiencia onírica y se correría el riesgo de hacerla caer en un terreno menos accesible ante la dificultad de encontrar su sentido. Así, no duda en criticar la interpretación de los sueños pues, según el autor, desentrañar el contenido latente o manifiesto de un sueño implica *cerrarlo*. En este sentido, se aboga apasionadamente por la experiencia poética de lo onírico como un campo fértil de vida por vivir. Prueba de ello son las muchas descripciones de experiencias reales que pueblan el libro, experiencias que están al alcance de cualquiera. Es más, parece querer contagiar al lector de ese ímpetu por investigar libremente en el dormir. Todo ello sitúa a *De la materia del sueño* en un terreno muy alejado de las especulaciones meramente teóricas o de cualquier tipo de misticismo difuso.

Otro aspecto esencial en la concepción del libro es la estrecha relación que se establece entre el sueño y la poesía. Julio Monteverde descubre en la imagen onírica y en la imagen poética una capacidad análoga de condensación y creación de imágenes y símbolos. Ambas movilizan en nosotros una potencia de integración pasional fundamentalmente inconsciente. Pero existe entre ambas una diferencia significativa, y es que «el sueño es a todas luces anterior a la poesía». Partiendo de esta premisa, se establece una filiación según la cual «la imagen poética es la hija primogénita del sueño». De este modo, se defiende la idea crucial de la poesía como puente privilegiado entre el sueño y la vigilia.

Esta lucha por alcanzar una «nueva vida» conlleva la construcción de una nueva personalidad. Tal es así que también expone una serie de interesantes cuestiones relacionadas con el *yo*. Para Julio, en los sueños se conforma un *yo* distinto; se toma conciencia de que el *yo* «se enfrenta a todo lo que el hombre contiene, a todo lo que, estando dentro, sin embargo no está en él». En esa conquista de ese *otro yo*, cobra especial protagonismo una sensibilidad distinta de la que actúa durante la vigilia. Esa sensibilidad nueva, global, intensificada y redimensionada, nos prepara sin duda para una posterior intervención en el terreno de la acción. Otro de los capítulos está dedicado al *sentimiento de unidad* de los sueños, pues en ellos «no hay nada que nos sea ajeno ya que *todo* es nosotros»; o, poniéndolo en relación con la exterioridad, llega a afirmar que en los sueños «no hay afuera». Igualmente dedica unos cautivadores párrafos a las posibilidades de aprendizaje que nos ofrece el propio sueño.

Pero Julio Monteverde no se contenta con esas gratas alteraciones de la personalidad a nivel individual sino que reivindica la importancia de los «requerimientos sociales» a la hora de elaborar los sueños. Es evidente que los sueños no pueden desligarse del contexto social en el que se producen. Precisamente, el hecho de que la capacidad de soñar sea innata permite afirmar que «la poesía es experimentada por todos cada noche», y proporciona así un sustrato común que alienta la esperanza de una poetización generalizada de la vida capaz de

impulsar la lucha contra el miserabilismo. Con lo que, de esa transformación del yo, da un salto hacia el exterior, vinculando el sueño a lo social. De hecho, el autor considera al sueño como «el primer escalón» para transformar la vida y el mundo pues «el sueño interviene, lucha con lo existente, primero en el plano individual de forma explícita, después en el plano social en maneras más sutiles pero igualmente significativas».

Este aspecto de proyección del sueño hacia la realidad encuentra su cima en el capítulo en que se relaciona el sueño y la utopía. Si bien el sueño nocturno responde a una necesidad, «la experiencia del sueño nunca colma el devenir del deseo, sino que deja siempre una nostalgia manifiesta, una necesidad de búsqueda y multiplicación en la vida cotidiana». Esa potencia de irradiación de los deseos hacia el plano de la acción es explicado en términos de un excedente pasional que lleva a engarzar la vida onírica con la vigilia, y que al entrar en contacto con esta última genera un conflicto con el principio de realidad que nos es impuesto. En este contexto, la experiencia poética de la libertad en el sueño constituye una reserva utópica para el individuo y fuerza su proyección en la vigilia.

Por eso Julio Monteverde hace hincapié en que «es necesario que el sueño (...) recupere su papel de mediador entre el presente y el futuro del hombre». «La patria de los sueños es el futuro» llega a manifestar. Monteverde cita a Freud, según el cual «la opinión popular está en lo justo cuando considera al sueño como predicción del porvenir. En realidad, es el porvenir lo que el sueño nos muestra, mas no el porvenir real, sino el que nosotros deseamos». Pero el *porvenir real* no existe. Solamente existen proyecciones desde el presente hacia el porvenir posible. Y es ahí, en el terreno de lo posible, donde nuestro deseo se despliega y lucha por realizar sus aspiraciones. Esa es precisamente la fuerza motriz que puede contribuir a un cambio que aspire a transformar este mundo en otros. Esa es la argamasa que conforma *De la materia del sueño*.